



Diseño analítico o diseño metodológico en la investigación en ciencias sociales

Analytical design or methodological design in social science research

Mario Zetino-Duarte (mzetino@uca.edu.sv) Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades.
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (San Salvador, El Salvador)
<https://orcid.org/0000-0001-8329-9906> Rol: Conceptualización, escritura borrador original

Abstract

The article problematizes the naturalization of methodological design as a technical sequence in social research. It argues that methodcentric rationality subordinates the analytical construction of the object of inquiry and diminishes explanatory power by decoupling ontology, epistemology, methodology, and theorization. In response, it proposes reordering methodological design by incorporating an analytical design (prior to and integrated with it) that makes explicit the analytical challenges and the criteria of explanatory relevance from which the selection of data, sources, and techniques is derived. The proposal is grounded in Critical Realism and in an abductive and retroductive inferential logic aimed at identifying mechanisms and causal configurations in open realities. Analytical design enables the epistemological traceability of methodological decisions. The article offers a conceptual and pedagogical framework to strengthen analytical coherence and epistemological control in research design.

Key words: analytical design, methodological design, critical realism, abduction and retroduction, epistemological vigilance.

Resumen

El artículo problematiza la naturalización del diseño metodológico como secuencia técnica en la investigación social. Sostiene que la racionalidad metodocéntrica subordina la construcción analítica del objeto y merma la potencia explicativa al desacoplar ontología, epistemología, metodología y teorización. En respuesta, propone reordenar el diseño metodológico incorporando un diseño analítico, previo e integrado, que explicita retos analíticos, criterios de relevancia explicativa del que se derivan la selección de datos, fuentes y técnicas. La propuesta se ancla en el Realismo Crítico y en una lógica inferencial abductiva y retroductiva orientada a identificar mecanismos y configuraciones causales en realidades abiertas. El diseño analítico habilita la vigilancia epistemológica de las decisiones metodológicas. El artículo ofrece un marco conceptual y pedagógico para fortalecer la coherencia analítica y el control epistemológico del diseño de investigación.

Palabras clave: diseño analítico, diseño metodológico, realismo crítico, abducción y retroducción, vigilancia epistemológica.



Introducción

La investigación científica en ciencias sociales suele presentarse bajo una racionalidad metodológica que organiza el proceso como una secuencia ordenada de decisiones técnicas orientadas a producir y procesar datos empíricos. Esta forma, ampliamente institucionalizada en la enseñanza y en múltiples formatos estandarizados, tiende a presuponer que los problemas decisivos del conocimiento son principalmente epistemológicos y metodológicos (entendidos en clave procedimental) y no ontológicos. El resultado es una tendencia a identificar la producción de conocimiento con la correcta aplicación de dispositivos metodológicos, desplazando el análisis (como reflexión sistemática sobre la estructura del fenómeno, sus relaciones constitutivas y sus condiciones de posibilidad) a un lugar secundario.

Cuando el diseño se organiza desde el inicio por la selección y combinación de métodos y técnicas, el análisis suele quedar subordinado a una fase posterior y, con frecuencia, tácita: se interpretan datos ya producidos sin que exista una estrategia analítica explícita que haya orientado su generación. Esta inversión no es solo una limitación operativa; introduce un problema epistemológico, porque la construcción analítica del objeto queda condicionada por decisiones instrumentales tomadas *ex ante*. En tales condiciones, el conocimiento tiende a tratarse como efecto derivado de aplicaciones procedimentales, antes que como resultado de una estrategia analítica justificable. Esto no solo limita la reflexividad del proceso investigativo, sino que tiende a invisibilizar los supuestos ontológicos y epistemológicos que orientan la construcción del objeto de estudio, debilitando así la coherencia analítica y la potencia explicativa del conocimiento generado.

En términos prácticos, esta subordinación se hace visible cuando, una vez producidos los datos (entrevistas, encuestas, registros administrativos o corpus documentales), el investigador enfrenta un volumen considerable de información sin criterios analíticos suficientemente claros para seleccionar, jerarquizar y articular evidencia. Ello se traduce, con frecuencia, en descripciones extensas de bajo rendimiento explicativo; en el uso *ex post* de categorías teóricas que no estructuraron la producción de datos; o en interpretaciones guiadas más por familiaridad con el material que por una estrategia analítica previamente definida.

Frente a estas limitaciones, se vuelve necesario reconsiderar el lugar del análisis en la arquitectura del diseño metodológico. Más que concebirlo como una etapa destinada a organizar o interpretar datos ya producidos, el análisis debe operar como principio epistemológico estructurante del proceso de investigación: definir qué dimensiones, relaciones y niveles del fenómeno son explicativamente pertinentes y, desde allí, derivar de manera consecuente los requerimientos de evidencia, las fuentes y los procedimientos. En esta perspectiva, el diseño analítico precede y orienta la selección de datos, métodos y técnicas, en la medida en que explicita qué debe reconstruirse para comprender y explicar.

Proponer el diseño analítico como eje del diseño metodológico no implica negar la técnica, sino subordinarla reflexivamente a una estrategia analítica explícita, ontológicamente informada y epistemológicamente coherente. Desde este horizonte, la interrogante que da título al artículo no formula una disyuntiva excluyente, sino que abre una discusión orientada a invertir deliberadamente la lógica tradicional del diseño. El eje articulador del proceso debe situarse en la dimensión analítica: en la clarificación ontológica y epistemológica del fenómeno, a partir de la cual se delimitan



dimensiones relevantes y se establece la estrategia analítica necesaria para comprender y explicar. Los datos, métodos y técnicas se definen entonces como derivaciones de esa estrategia.

La propuesta se inscribe en una reflexión acumulada en investigación empírica sostenida y docencia doctoral en ciencias sociales, orientada a problematizar la naturalización del diseño metodológico como secuencia técnica y a reubicar el diseño analítico como eje articulador de la producción de conocimiento. El aporte central del artículo consiste en proponer este reordenamiento como mediación entre ontología, epistemología, metodología y teoría social, desplazando la atención desde la selección de técnicas hacia la organización analítica del objeto. Esta rearticulación permite comprender el diseño metodológico no como mera secuencia operativa, sino como un programa inferencial orientado a identificar mecanismos y configuraciones causales y a construir explicaciones teóricas plausibles, particularmente mediante abducción y retroducción. En este sentido, la propuesta no introduce un nuevo método, sino un reordenamiento epistemológicamente fundado del proceso de investigación en ciencias sociales.

Los elementos clave del debate se anclan en la concepción de la investigación como proceso de producción de conocimiento. Desde esta perspectiva, la realidad social, ontológicamente estratificada y relativamente autónoma respecto del conocimiento, impone desafíos ontológicos, epistemológicos y metodológicos que no se resuelven mediante secuencias técnicas, sino mediante procesos inferenciales orientados a la construcción de explicaciones causales y teoría social: las inferencias científicas “representan procedimientos básicos [...] para alcanzar el objetivo general de las ciencias sociales: poder explicar las condiciones sociales con conocimiento verdadero sobre la realidad” (Danermark et al. 2016:203). En consecuencia, el conocimiento o teoría social práctica resultante se ancla en una ontología social específica, la cual condiciona las formas legítimas de explicación y las estrategias metodológicas que las sostienen. Así, “la metodología concebida como programa explicativo es el vínculo necesario entre ontología social y teoría práctica” (Archer 2009:32).

En otras palabras, la investigación científica articula relacionamente ontología, epistemología, metodología, teoría social y conocimiento resultante. Sin embargo, aunque este reconocimiento aparece con frecuencia en formulaciones discursivas, en la práctica persiste una tendencia a desacoplar epistemología, metodología y procesos inferenciales de sus fundamentos y exigencias ontológicas. Ese desacoplamiento se expresa de manera sistemática en el diseño metodológico, cuando se otorga primacía a decisiones técnicas desvinculadas de una reflexión ontológica explícita.

De ahí que el trabajo investigativo requiera una comprensión rigurosa de las particularidades de cada plano y de su interrelación. Sostener que la ontología social condiciona las formas legítimas de explicación y las estrategias metodológicas implica concebir la metodología como un “programa explicativo” (Archer 2009:32): la teorización debe guardar correspondencia con la ontología que la sustenta y la metodología opera como vínculo entre ambas, respondiendo a exigencias analíticas derivadas de la naturaleza del fenómeno.

En su acepción clásica, la ontología estudia las condiciones fundamentales de la existencia: qué existe y qué tipos de entidades componen la realidad. En investigación, estos supuestos, implícitos o explícitos, orientan qué entidades pueden ser conocidas, qué explicaciones son legítimas y qué decisiones metodológicas resultan plausibles. En la práctica investigativa tradicional, estos



supuestos ontológicos suelen permanecer implícitos, operando como un trasfondo filosófico sin problematizar el diseño de investigación.

La epistemología, como teoría del conocimiento, examina las condiciones de posibilidad del conocer científico: la relación entre sujeto, objeto y conocimiento, los criterios de justificación de las afirmaciones, así como los alcances y límites del conocimiento producido. En el uso académico estándar, suele presentarse como una reflexión metateórica relativamente separada de la práctica empírica concreta, lo que favorece su desvinculación de las decisiones efectivamente adoptadas en la investigación

La metodología, en cambio, remite al plano de las consideraciones estratégicas de la investigación: el conjunto de criterios, métodos, técnicas y procedimientos mediante los cuales se produce, registra y analiza la evidencia empírica. Su función no consiste en definir por sí misma qué cuenta como conocimiento válido, sino en traducir problemas teóricos y exigencias epistemológicas en operaciones de observación, tratamiento de datos, análisis e interpretación. No obstante, en los enfoques tradicionales, la metodología tiende a ocupar un lugar central y más visible en el diseño de investigación, frecuentemente asociándose a manuales procedimentales y decisiones técnicas, lo que refuerza su aparente autonomía respecto de la ontología y la epistemología.

Lo que suele permanecer ignorado o raramente tematizado es la reflexión sobre los procesos inferenciales mediante los cuales se reconstruye la ontología particular del fenómeno y se avanza hacia la producción de teoría social como propósito de la investigación. Esta omisión impide cerrar el circuito lógico del conocimiento y refuerza la reducción de la investigación a procedimientos técnicos. Así, aunque ontología, epistemología y metodología se reconozcan como niveles diferenciados, pero relacionados, en la práctica se invierte su relación: la metodología prima, mientras los supuestos ontológicos y epistemológicos permanecen implícitos o se reducen a declaraciones generales sin incidencia analítica efectiva y los procesos inferenciales son ignorados.

Estas conexiones han sido abordadas de modo diverso por teóricos clásicos y contemporáneos, configurando énfasis contrastantes sobre el estatuto de la ontología, el lugar de la epistemología, el sentido de la metodología y el tipo de teoría social resultante. La revisión de estas perspectivas permite esclarecer los modos en que se ha pensado y problematizado el acoplamiento entre estos planos en la producción de conocimiento social.

La fundamentación del metodocentrismo

En el pensamiento sociológico clásico, particularmente a partir de la obra de Augusto Comte, se consolida tempranamente una concepción de la cientificidad que desplaza deliberadamente la interrogación ontológica del centro del quehacer científico, otorgando a la metodología un estatuto fundacional. El positivismo de Comte inaugura un programa epistemológico que redefine los límites de lo cognoscible mediante la exclusión deliberada de la pregunta por la naturaleza de lo social, considerada una forma residual de metafísica. En el *Curso de Filosofía Positiva*, la ley de los tres estados formaliza esta operación al establecer que la filosofía positiva no tiene “(no tenemos) la más mínima intención de exponer cuales son las causas generadoras de los fenómenos” (Comte 2004:31). Con ello, renuncia absolutamente a investigar las causas íntimas de los fenómenos relegando la ontología al ámbito de la metafísica precientífica.



Esta exclusión de la ontología constituye una posición programática que estructura el conjunto del proyecto de conocimiento. Para Comte conocer científicamente equivale a establecer leyes de sucesión y coexistencia entre fenómenos observables, de modo que la sociología queda orientada a la identificación de regularidades invariantes del orden social. La causalidad se redefine, en consecuencia, en términos regularistas: explicar supone describir patrones recurrentes, sin apelar a mecanismos internos, estructuras relacionales o propiedades emergentes que excedan la experiencia sensible inmediata; nociones propias de desarrollos críticos posteriores, ajenos al marco comtiano.

La realidad social se concibe como un objeto externo regido por regularidades observables, susceptible de medición y comparación. El método científico único comtiano (estructurado en observación, experimentación, comparación e historia) no solo orienta la investigación empírica, sino que subordina la epistemología a criterios técnicos de control y verificación, dando lugar a una metodologización de la epistemología. La ontología, aunque no desaparece, queda implícita y empobrecida, reducida a una concepción empirista de los hechos como datos inmediatamente accesibles.

La obra de Durkheim se inscribe inicialmente en esta matriz positivista, retomando la aspiración a fundar la sociología como ciencia objetiva, diferenciada y autónoma. La célebre consigna de “tratar los hechos sociales como cosas” (Durkheim 2001:53) expresa una continuidad clara con el programa comtiano, tanto en la afirmación de la exterioridad y coercitividad de lo social respecto de las conciencias individuales, así como en la búsqueda de regularidades empíricas que permitan establecer leyes sociológicas. Esta afirmación no tiene un sentido ontológico fuerte, sino epistemológico y metodológico, ya que sustenta que deben tratarse como tales para garantizar la objetividad científica. Consecuentemente, Durkheim comparte la desconfianza hacia la especulación ontológica abstracta y privilegia una estrategia metodológica orientada a la observación sistemática y a la comparación. Por ejemplo, en *El suicidio* la demostración paradigmática descansa en tasas estadísticas, tratadas como cosas, donde la explicación causal se reduce a patrones diferenciales de integración y regulación, sin una teoría explícita de generación ontológica.

Sin embargo, esta continuidad no implica una simple reproducción del positivismo comtiano. En Durkheim se observa un desplazamiento significativo: aunque evita una ontología explícita de lo social, introduce una conceptualización sustantiva del hecho social como realidad sui generis, dotada de propiedades irreductibles a la suma de las acciones individuales. Esa conceptualización sustantiva de lo social desborda el empirismo comtiano. Este movimiento supone una ontologización implícita de lo social que, aun sin tematizarse como tal, tensiona el reduccionismo empirista heredado de Comte. La teoría durkheimiana presupone una realidad social dotada de propiedades propias y de eficacia causal, sin que fundamente plenamente la explicación del fenómeno social. La metodología continúa ocupando un lugar central: ya no se limita a la descripción de regularidades, sino que se articula con una noción de causalidad social que reconoce la eficacia de las estructuras colectivas que condicionan y producen los fenómenos observados.

De este modo, la sociología durkheimiana constituye un punto de inflexión: mantiene el primado metodológico como garantía de científicidad, pero introduce una concepción de lo social que desborda la mera regularidad empírica. Este desplazamiento inaugura una tensión constitutiva en la tradición sociológica clásica entre la pretensión de neutralidad metodológica y la necesidad (no



siempre reconocida) de supuestos ontológicos acerca de la naturaleza de la realidad social. Esta tensión inaugura un problema estructural en la tradición sociológica clásica: la coexistencia no tematizada entre supuestos ontológicos fuertes y un discurso epistemológico que pretende prescindir de ellos. Tensión que reaparece, con distintas formulaciones, en los debates epistemológicos contemporáneos sobre la explicación, la causalidad y el estatuto del conocimiento en las ciencias sociales.

La primacía metodológica heredada del positivismo clásico no se agota en las formulaciones de Comte y Durkheim, sino que encuentra una prolongación decisiva en diversas corrientes epistemológicas del siglo XX que, aun distanciándose entre sí en aspectos clave, compartieron la tendencia a desplazar la ontología del centro de la reflexión científica y a redefinir la científicidad en términos de criterios lógico-metodológicos. En estas corrientes, la pregunta por el ser de lo social o por la naturaleza de los mecanismos generativos queda subordinada, o directamente excluida, en favor de reglas de validación, contrastación o explicación formal.

Por ejemplo, en el racionalismo crítico de Karl Popper la ruptura con el inductivismo positivista no implica una rehabilitación de la ontología, sino una reconfiguración del problema de la científicidad en términos metodológicos. Al sustituir el criterio de verificación por el de falsación, Popper desplaza el debate hacia la lógica de la contrastación empírica de hipótesis, definiendo el estatus científico del conocimiento por su refutabilidad y no por su correspondencia con estructuras ontológicas subyacentes. La causalidad queda asociada a la formulación de leyes universales con consecuencias observables, mientras que la explicación científica se concibe como un ejercicio lógico de sometimiento de teorías a pruebas empíricas severas. De este modo, aun rechazando el positivismo clásico, el racionalismo crítico reproduce una concepción metodocéntrica de la ciencia, en la que la ontología permanece en un plano marginal o meramente especulativo.

Una lógica similar se observa en el empirismo lógico y en el desarrollo del modelo nomológico-deductivo de explicación propuesto por Carl Hempel. En este enfoque, explicar un fenómeno equivale a subsumirlo bajo leyes generales mediante inferencias lógicas válidas, de modo que la explicación científica adopta la forma de un argumento deductivo cuya corrección depende de su estructura formal y de la confirmación empírica de sus premisas. La causalidad se redefine como regularidad "lawlike" (Hempel y Oppenheim 1948:153) y las preguntas ontológicas sobre la naturaleza de las entidades o mecanismos causales quedan excluidas del análisis explicativo. La sociología y las ciencias sociales, en la medida en que aspiren a científicidad, quedan así invitadas a ajustar sus explicaciones a este modelo, reforzando la centralidad de la metodología como criterio normativo.

Esta orientación se ve reforzada en el positivismo lógico de autores como Hans Reichenbach y Rudolf Carnap, para quienes la tarea central de la filosofía de la ciencia consiste en el análisis lógico del lenguaje científico y en la clarificación de los procedimientos de confirmación y justificación del conocimiento. En este marco, la ontología es reducida a una cuestión de elección lingüística o de conveniencia conceptual, mientras que el núcleo de la científicidad reside en la coherencia formal, la precisión operacional y la posibilidad de conexión empírica de los enunciados. La ciencia se concibe, así, como un sistema de proposiciones bien formadas, evaluables por criterios lógico-metodológicos, con independencia de compromisos ontológicos fuertes.



En conjunto, estas corrientes (más allá de sus diferencias internas y de su aplicación tanto en enfoques cuantitativos como cualitativos) consolidaron una tradición epistemológica objetivista y empirista que reforzó el desacoplamiento entre ontología, epistemología y metodología. La explicación científica quedó anclada en modelos formales, criterios de contrastación y reglas de inferencia inductivas o deductivas, mientras que la reflexión ontológica fue sistemáticamente desplazada o considerada irrelevante para la práctica científica. Esta herencia, profundamente influyente en la teoría social contemporánea y en los diseños de investigación en ciencias sociales, constituye el trasfondo epistemológico frente al cual emergen, posteriormente, propuestas críticas orientadas a rearticular explícitamente los fundamentos ontológicos de la explicación social.

Naturalización contemporánea del primado metodológico y su institucionalización pedagógica

La herencia metodocéntrica procedente del positivismo clásico y de sus reformulaciones del siglo XX no se limita a corrientes hoy consideradas “clásicas” de la epistemología, sino que se extiende de manera persistente en buena parte de la teoría social contemporánea. Autores influyentes en sociología analítica, teoría de la acción racional o explicación basada en mecanismos, como Jon Elster, Raymond Boudon o James S. Coleman, aun cuando critican el holismo durkheimiano o el positivismo ingenuo, mantienen como supuesto compartido la idea de que la cientificidad se juega primordialmente en la corrección lógica del modelo explicativo, en la explicitación de supuestos y en la coherencia metodológica del diseño. En estas perspectivas, la ontología social tiende a quedar implícita o reducida a postulados minimalistas sobre actores, preferencias o reglas, mientras que el debate central se desplaza hacia la arquitectura formal de la explicación y la validez inferencial lógica de los modelos.

Esta misma lógica se reproduce ampliamente y se estabiliza en los manuales metodológicos contemporáneos, tanto cuantitativos como cualitativos, donde la investigación científica se presenta predominantemente, bajo diversas formulaciones, como una secuencia de decisiones técnicas orientadas a garantizar validez, confiabilidad o replicabilidad: “Research is a process of steps used to collect and analyse information to increase our understanding of a topic or issue” (Creswell 2018:3), “Qualitative research follow systematic and transparent process for the generation and interpretation of data” (Flick 2018:5), “la investigación es un conjunto de procesos sistemáticos, críticos y empíricos que se aplican al estudio de un fenómeno” (Hernández Sampieri et al. 2022:4), “la investigación científica es un proceso de producción de conocimientos, fundado en procedimiento riguroso y metódico” (Quivy y Van Campenhoud 1998:13). En estos y otros textos, ampliamente difundidos en la formación de posgrado en ciencias sociales, la reflexión ontológica suele aparecer marginalizada o directamente ausente, subsumida bajo capítulos de “marco teórico” o “supuestos epistemológicos” tratados de forma declarativa.

Desde la epistemología latinoamericana, varios autores advierten que la primacía técnica del método desactiva la problematización ontológica del conocimiento social, reforzando una concepción instrumental de la epistemología: en los “textos metodológicos prescriptivos [...] la metodología queda cancelada en su propia cuestión de práctica ‘constructiva’ o ‘productiva” (Canales 2006:12). En la formación doctoral, ello se asocia a la “convicción de que la destreza adquirida en el manejo de las técnicas asegura claridad, transparencia y neutralidad” (Pacheco 2015:40). Así, el método puede operar como “recetario del ‘hágalo usted mismo’ [...] operativo, procedimental y acrítico” (Cerón 2020:76).



Más allá del metodocentrismo clásico

Aunque la herencia metodocéntrica de Comte, Durkheim y sus reformulaciones lógico-empiristas marcó decisivamente a las ciencias sociales, no se reprodujo sin fisuras: en la sociología clásica y moderna pueden hallarse intentos parciales de reintroducir, aunque implícitamente, la cuestión ontológica. Weber es un caso clave: su sociología comprensiva desplaza el eje hacia una ontología de la acción orientada por sentido, al definir la sociología como “interpretive understanding of social action” y, por esa vía, “a causal explanation of its course and consequences” (Weber 1978:4). La acción es “social” en tanto su “subjective meaning” se orienta por otros (Weber 1978:4), por lo que las regularidades empíricas son insuficientes; solo valen como generalizaciones cuando expresan sentido interpretable, dice Weber. Con todo, la articulación ontológica entre acción, estructuras y condiciones de posibilidad permanece mayormente implícita, limitando una crítica frontal del metodocentrismo.

Una inflexión distinta se advierte en Georg Simmel, cuya sociología formal introduce una concepción relacional de lo social que desborda el empirismo regularista. Al concebir la sociedad como un entramado de interacciones y formas de asociación, desplaza la atención desde los hechos empíricamente observables hacia las formas sociales que estructuran la experiencia. Por ejemplo, sostiene que: “La socialización es una forma que se realiza de incontables maneras diferentes” (Simmel 2002:78). Sin embargo, la falta de una explicitación epistemológico-metodológica sistemática limita la traducción de esta intuición en un programa explicativo robusto.

Por su parte, Ferdinand Tönnies introduce la distinción entre comunidad (Gemeinschaft) y sociedad (Gesellschaft) como algo más que una tipología descriptiva: “Comunidad es lo antiguo y sociedad lo nuevo” (Tönnies 2009:21), lo que presupone lógicas y principios constitutivos diferenciados de vinculación. No obstante, al no desarrollar una teoría explícita de mecanismos causales que articulen estas formas, su propuesta queda tensionada entre una intuición ontológica de gran alcance y una dependencia residual de esquemas descriptivo-comparativos.

Más allá de la subsunción de la ontología a la metodología, el metodocentrismo en la investigación tiende también a subordinar la epistemología, desplazándola desde una reflexión crítica sobre el estatuto y los alcances del conocimiento hacia criterios normativos internos al diseño metodológico. Con ello, problemas epistemológicos (relación teoría-experiencia, exigencias ontológicas de la explicación o mediación sujeto-realidad) se reabsorben como decisiones técnicas y rutinas de validación. Este desplazamiento se vincula con la falacia epistémica de Bhaskar: la idea de que “statements about being can be reduced... to statements about knowledge” (Bhaskar 1978:36), y sus modos de acceso a él, en detrimento de las propiedades y estructuras de la realidad misma. Por lo que propone invertir la pregunta hacia “what the world must be like for those activities to be possible” (Bhaskar 1979:9).

En la práctica investigativa, esta falacia se expresa en la tendencia a colapsar la epistemología en la adopción de posicionamientos metodológicos genéricos (“enfoque cualitativo”, “diseño mixto”, “tipo de estudio”) o en la adopción acrítica de criterios de rigor entendidos exclusivamente en clave procedimental. De este modo, la epistemología pierde su estatuto como mediación reflexiva entre una ontología explícita y la construcción de teoría social, y queda absorbida por la lógica del diseño y por las exigencias institucionales de formalización de la investigación, fenómeno ampliamente documentado en debates latinoamericanos sobre metodología y construcción del objeto. Por



ejemplo, Cerón describe los manuales de metodología como un “recetario” (Cerón 2020:76) de carácter procedimental y acrítico. Esta reducción tiene consecuencias analíticas significativas, pues al omitir una reflexión epistemológica sustantiva se tiende a asumir implícitamente una ontología plana en la que los fenómenos observables se confunden con la totalidad de lo real, reduciendo la complejidad de las relaciones y mecanismos a “lo que podemos saber sobre ello” (Danermark et al. 2016:45).

Frente a este escenario, el Realismo Crítico propone una ruptura explícita con el metodocentrismo al reintroducir una ontología estratificada, en la que la realidad social se concibe como compuesta por distintos niveles o dominios (lo empírico, lo actual y lo real), entendidos no como esferas independientes, sino como niveles relacionales de una misma realidad, articulados mediante dinámicas de emergencia y condicionamiento causal. Así, la epistemología no se reduce a un conjunto de reglas metodológicas, sino que media en orientar la producción de conocimiento hacia la identificación de mecanismos causales generativos, irreductibles a eventos observables o a correlaciones empíricas. La explicación científica deja así de consistir en la mera descripción de patrones y pasa a orientarse a la *reconstrucción analítica* de las condiciones y mecanismos que producen los fenómenos sociales, incluso cuando estos no se manifiestan de manera regular y “no siempre pueden ser observables” (Danermark et al. 2016:45).

En este sentido, el Realismo Crítico no se presenta como una alternativa metodológica entre otras, sino como una posición metateórica que reordena de manera relacional (no jerárquico-técnica) los vínculos entre ontología, epistemología, metodología y teoría social. Al hacerlo, ofrece un marco analítico que permite superar tanto la subsunción de la ontología como la de la epistemología al método, restituyendo a esta última su papel central en la articulación entre una concepción estratificada de la realidad y una teoría social orientada a la explicación causal de los fenómenos sociales.

Es en este punto donde el Realismo Crítico se diferencia cualitativamente de estas transiciones previas: no se limita a introducir intuiciones ontológicas dispersas ni a relativizar el alcance del método, sino que propone una rearticulación explícita y relacional entre ontología, epistemología, metodología y teoría explicativa, devolviendo centralidad a la pregunta por la naturaleza de la realidad social sin recaer en el metodocentrismo heredado ni en el relativismo epistemológico.

Diseño analítico como exigencia epistemológica del Realismo Crítico

Uno de los aportes decisivos del Realismo Crítico consiste en desplazar el centro de gravedad de la reflexión metodológica hacia una ontología explícita de lo social, entendida no como un trasfondo filosófico abstracto, sino como una condición estructurante del proceso de producción de conocimiento. Desde los planteamientos fundacionales de Roy Bhaskar, la realidad social se concibe como estratificada, abierta y causalmente activa, cuya existencia y eficacia no depende de su manifestación empírica inmediata ni de su captación por parte del investigador. Esta concepción introduce una ruptura sustantiva con el metodocentrismo, al cuestionar la identificación de la explicación científica con la mera detección de regularidades observables o con la aplicación correcta de procedimientos técnicos.

Desde este marco ontológico, la construcción del objeto de estudio deja de ser una operación preliminar formal del diseño de investigación para convertirse en una tarea analítica central, guiada



por supuestos ontológicos explícitos. El objeto no se “descubre” en la superficie empírica de los fenómenos, sino que se construye analíticamente mediante procesos de abstracción orientados a identificar estructuras, relaciones y mecanismos generativos que producen los eventos observables. En este punto, el Realismo Crítico converge con tradiciones no positivistas de la epistemología social que han insistido en el carácter construido, pero no arbitrario, del objeto científico. Aunque Pierre Bourdieu no se inscribe explícitamente en el Realismo Crítico, al subrayar la necesidad de una ruptura con las preconiciones del sentido común y con los problemas socialmente instituidos, refuerza esta exigencia, sin reducirla a una operación técnica o empírica: “la ciencia no se limita a registrar un ‘objeto’ ‘real’, preconstruido por la percepción... lo construye” (Bourdieu et al. 2002:52).

Asumir una ontología estratificada y abierta, junto con una concepción no empirista del objeto de estudio, implica reconocer la necesidad de una instancia mediadora específica entre ontología, teoría y metodología. Esta mediación “no se resuelve técnicamente” ni por la simple formulación de preguntas o hipótesis. “La crítica no es al empleo de hipótesis ni mucho menos a la definición de preguntas... sino a la poca reflexión que un uso mecánico de tales procedimientos da lugar” (Tello 2011:227), sino que requiere una arquitectura analítica previa, orientada a organizar niveles de realidad, tipos de causalidad y estrategias explicativas.

Desde tradiciones teóricas y disciplinares distintas, diferentes teóricos convergen en cuestionar la autosuficiencia del método como garantía de explicación, y en subrayar, desde distintos ángulos, la centralidad de un momento analítico en la articulación entre ontología, teoría y explicación. En el marco del Realismo Crítico, Andrew Sayer sostiene que la explicación social depende de supuestos ontológicos sobre propiedades y poderes causales, por lo que su validez se juega en la coherencia entre ontología, teoría y evidencia, no en la mera corrección técnica del método: “Only with an ontology... internally structured and differentiated objects having causal powers and liabilities” (Sayer 2010:106). Desde de la economía política, Tony Lawson ([Economics and reality](#)) sostiene que muchos déficits explicativos provienen de ontologías inadecuadas que llevan a aplicar métodos como si fueran universales, aunque resulten inapropiados para objetos sociales. Sostiene que los métodos requieren ser seleccionados y ajustados a partir de una comprensión analítica del objeto investigado. Por su parte, desde la sociología cultural neofuncionalista, y en una línea afín a la defensa de la autonomía analítica de la teoría frente al empirismo, Jeffrey Alexander sostiene que el análisis sociológico no puede limitarse a registrar datos, sino que debe reconstruir la “lógica interna” de los sistemas culturales, “mapping the internal logic of cultural systems” (Alexander 1989:5).

En conjunto, estas posiciones no formulan una propuesta explícita de diseño analítico, pero sí respaldan la validez de concebir la construcción de explicaciones como un proceso analíticamente mediado y ontológicamente informado, en el que el método ocupa un lugar derivado y no fundante.

La necesidad de esta mediación analítica se expresa de manera especialmente clara en el rol de las inferencias abductivas y retroductivas. En el Realismo Crítico, la explicación científica se concibe como un proceso inferencial orientado a responder a la pregunta por las condiciones de posibilidad de los fenómenos observados. La abducción permite redescubrir los fenómenos a la luz de lógicas relacionales y marcos conceptuales que los vuelven inteligibles, mientras que la retroducción apunta a identificar los mecanismos y estructuras cuya existencia haría comprensible su ocurrencia. La inducción y la deducción no se excluyen, pero se reubican como momentos subordinados dentro de



una lógica explicativa guiada por el diseño analítico, tal como ha sido sistematizado por Danermark y sus colaboradores.

En este punto, los aportes de Margaret Archer resultan fundamentales para comprender el estatuto epistemológico de dicha mediación. Archer concibe la epistemología no como una metateoría abstracta, sino como una mediación reflexiva práctica, imprescindible, entre ontología y metodología, orientada a preservar la no colapsabilidad entre estructura, cultura y agencia y a organizar la explicación en términos temporales y relacionales. Cumple la función de traducir las premisas ontológicas sobre la realidad social en criterios relacionales de conocimiento. Aunque Archer no formaliza una noción específica de diseño analítico, su planteamiento abre y orienta la necesidad de una instancia analítica capaz de responder a la pregunta por el tipo de conocimiento posible, necesario y legítimo dado el tipo de realidad social que se asume.

Desde esta perspectiva, la epistemología inherente al “diseño analítico” cumple, por lo menos, tres funciones clave: a) delimita el objeto del conocimiento, volviendo central en la investigación la reflexión analítica de la construcción del objeto de estudio, donde el objeto central son los mecanismos y las relaciones causales que generan prácticas, eventos y significados; b) establece criterios de explicación mediante la identificación de las relaciones y dinámicas emergentes y causales de la realidad y del fenómeno de estudio que deben ser capturados y reconstruidos analíticamente, mediante procesos inferenciales; y c) otorga centralidad a la abducción y retroducción como procesos inferenciales para construir las explicaciones y el conocimiento posible, necesario y legítimo; evitando así los reduccionismos empiristas, el interpretativismo sin sentido y los conflationismos.

Diseño analítico como instancia mediadora: de la ontología del objeto al diseño metodológico

La propuesta de un diseño analítico no se presenta como un recurso auxiliar ni como una variante técnica del diseño metodológico, sino como una exigencia epistemológica y ontológica del proceso de investigación en ciencias sociales. Al articular la construcción del objeto, la lógica inferencial y la selección metodológica, el diseño analítico restituye la centralidad de la explicación causal en realidades sociales abiertas y estratificadas. De este modo, el diseño metodológico deja de constituir el principio organizador de la investigación para pasar a ser una derivación necesaria, pero subordinada, de decisiones analíticas previas, reordenando explícitamente las relaciones entre ontología, epistemología, metodología y producción de conocimiento.

Sobre la base de los elementos anteriores se vuelve posible precisar una tesis central: si la investigación científica en ciencias sociales se entiende como un proceso de producción de conocimiento orientado a captar la dinámica ontológica del fenómeno estudiado, entonces no basta con disponer de un diseño metodológico correctamente articulado en términos técnicos, se requiere una instancia mediadora específica que estructure y articule la pertinencia explicativa de lo que se busca conocer.

Es en este punto donde se abre el espacio para conceptualizar el diseño analítico como un componente necesario del proceso investigativo: una instancia previa, diferenciada pero integrada al diseño metodológico. Lejos de excluirlo, el diseño analítico orienta y estructura el diseño metodológico al articular los compromisos ontológicos con la problemática teórica y la lógica inferencial que guían la producción de conocimiento. El diseño analítico es la arquitectura reflexiva



que media entre ontología del objeto, criterios de relevancia explicativa, requisitos de reconstrucción lógica e inferencial. El diseño metodológico es la estrategia de producción/obtención de evidencia (fuentes, instrumentos, muestras y criterios de calidad, entre otros), fundamentada en el diseño analítico.

Desde los supuestos ontológicos del Realismo Crítico, esta instancia analítica es necesaria: convierte esos compromisos en criterios de relevancia explicativa y vuelve operativo el control epistemológico interno del diseño.

Esta propuesta se sostiene en un principio epistemológico rector: el contenido del conocimiento que debe producirse ha de expresar la captura de la dinámica ontológica del fenómeno lograda mediante investigación. En otras palabras, la investigación no debería limitarse a registrar regularidades empíricas o describir atributos observables, sino producir conocimiento capaz de reconstruir (según los objetivos de comprensión o explicación) las relaciones constitutivas, procesos y mecanismos que configuran el fenómeno como un curso de acción, un entramado relacional o una dinámica emergente. Si este principio se acepta, se sigue una consecuencia metodológica decisiva: los componentes técnicos del proceso (fuentes, métodos, técnicas, muestreo, medición, codificación, análisis estadístico o cualitativo) deben derivarse de los requisitos analíticos que impone la ontología del objeto y de la forma de conocimiento que se pretende producir, ya sea exploratorio o explicativo.

Desde esta perspectiva, el diseño analítico no es un “paso preliminar” meramente formal ni un equivalente de la revisión de literatura. Es, más bien, una arquitectura de mediación que cumple al menos cuatro funciones: a) explicitar los retos analíticos que surgen de la ontología del fenómeno tal como queda expresada en la construcción teórico-hipotética del objeto; b) establecer criterios de relevancia explicativa para identificar dimensiones, procesos y mecanismos a capturar; c) definir qué dinámicas deben ser reconstruidas y qué tipos de análisis son necesarios para ello; y d) derivar, de manera reflexiva, las decisiones metodológicas operativas y la lógica inferencial (abductiva y retroductiva) que articulará teoría, evidencia y explicación. En suma, el diseño analítico “gobierna” el diseño metodológico no por jerarquía disciplinaria, sino porque define qué cuenta como evidencia pertinente, qué debe ser reconstruido y bajo qué criterios se evalúa la suficiencia explicativa del conocimiento producido.

Contenido del diseño analítico: componentes y derivaciones metodológicas

El diseño analítico puede describirse como una articulación de decisiones que operan en tres planos (analítico, metodológico e inferencial) cuyo vínculo es lógico (no necesariamente cronológico) y cuyo desarrollo es iterativo, en tanto las decisiones de cada plano pueden revisarse a la luz de las exigencias explicativas.

Como condición de partida, se asume un objeto de estudio ya construido en términos teórico-hipotéticos. De esa construcción se derivan exigencias explicativas que el diseño analítico debe hacer explícitas. Para efectos pedagógicos, conviene presentarlo como un conjunto de componentes interrelacionados en los planos señalados.



1. Identificación de retos analíticos impuestos por la ontología del fenómeno

A partir del objeto construido, el diseño analítico exige identificar cuáles son los retos analíticos que la ontología del fenómeno (expresada la dinámica del objeto construido teórica e hipotéticamente) plantea al investigador si pretende producir conocimiento capaz de captar su dinámica. Estos retos pueden adoptar distintas formas: a) causalidad no lineal; b) procesos dependientes de trayectoria y temporalidades múltiples; c) emergencias relacionales (propiedades que no se reducen a atributos individuales o regularidades); d) heterogeneidad contextual; e) coexistencia de niveles (prácticas, interacciones, arreglos institucionales, estructuras) que condicionan el fenómeno.

La derivación metodológica consiste en que los retos analíticos delimitan qué sería un “dato” relevante. Por ejemplo, si el fenómeno depende de temporalidades, se requerirá información longitudinal o reconstrucciones retrospectivas; si se trata de emergencias relacionales, será insuficiente un inventario de atributos individuales; si se trata de mecanismos institucionales, la evidencia documental y normativa puede ser tan central como la testimonial.

2. Identificación de dimensiones, procesos y mecanismos relevantes

Este componente traduce la ontología del objeto en criterios de relevancia explicativa: cuáles dimensiones (estructurales, culturales, interaccionales), qué procesos (secuencias de transformación) y qué mecanismos (generativos, relacionales, de reproducción/transformación) deben capturarse mediante información para que la explicación o comprensión sea adecuada. Esto evita tanto el eclecticismo acrítico (“recoger de todo” sin claridad de su utilidad) como la reducción procedural (“medir lo disponible”). La selección se define por pertinencia: aquello sin lo cual el fenómeno no podría reconstruirse de manera intelectualmente satisfactoria.

Metodológicamente aquí se define, con criterios analíticos, qué registros serán necesarios: indicadores, narrativas, trazas documentales, series temporales, observaciones situadas, redes, repertorios discursivos, etc. El carácter de estos se define en función de la exigencia de reconstrucción ontológica del fenómeno, entre estructura, cultura y agencia.

3. Señalamiento de las dinámicas que deben reconstruirse analíticamente

Identificadas las dimensiones y mecanismos, el diseño analítico debe precisar qué dinámicas del fenómeno *deben reconstruirse*: qué articulaciones entre niveles, qué transiciones, qué condiciones de activación/inhibición de mecanismos, qué elementos de variación contextual. Esta formulación define el “objeto reconstruido” que el análisis aspira a producir y evita que el trabajo empírico quede en mera acumulación de datos.

Metodológicamente, la reconstrucción de dinámicas exige decisiones sobre diseño temporal (cortes, periodización), comparación (casos, contextos, momentos) y criterios de saturación o suficiencia: se colecta evidencia en función de que la dinámica puede reconstruirse, no hasta agotar fuentes.

4. Definición de los tipos de análisis requeridos

En este punto, el diseño analítico debe definir los tipos de análisis necesarios para efectuar las reconstrucciones planteadas: análisis procesual, comparativo, configuracional, relacional,



interpretativo, estadístico, multiescalar, entre otros. Lo crucial es que el tipo de análisis, o su complementariedad, no se elige por preferencia técnica, sino por su capacidad de reconstruir la dinámica definida y de sostener inferencias consistentes.

5. Determinación de datos empíricos pertinentes y definición de fuentes de información

Solo después de fijar retos, relevancias, dinámicas y tipos de análisis, es sustentable esta derivación metodológica en la que determina qué datos empíricos son pertinentes (cualitativos, cuantitativos o mixtos) y qué fuentes son necesarias (primarias, secundarias, documentales, informes, entrevistas, encuestas, observaciones, registros administrativos, materiales históricos, entre otros.). Esta secuencia invierte la lógica metodocéntrica habitual: no se parte de “qué técnica usar”, sino de “qué necesita el análisis para reconstruir la dinámica del fenómeno”.

La selección de datos y fuentes queda normada por pertinencia analítica. Esto ayuda a justificar por qué ciertas fuentes son centrales y otras accesorias, y reduce el riesgo de diseños por disponibilidad.

Los puntos 4 y 5 pueden derivar metodológicamente en un “plan de análisis de los datos” que oriente el tratamiento técnico-operativo de estos. La recolección de datos queda subordinada al análisis requerido: se recolecta lo necesario para el análisis y el análisis determina el formato de los datos. Aquí, “plan de análisis de datos” refiere a la programación técnico-operativa del tratamiento de datos (depuración, matrices, definición de índices, escalas, codificaciones, formatos, modelos, usos de software, entre otros). Es un componente del diseño metodológico y se deriva del diseño analítico; no es equivalente a ninguno de ellos.

6. Determinación de métodos y técnicas de recolección en función del análisis

Aquí se precisan métodos y técnicas concretas (muestreo, protocolos, instrumentos, procedimientos de registro, triangulación clásica), pero siempre como derivación de las fuentes. En este sentido, el diseño metodológico se vuelve la materialización técnica del diseño analítico: la técnica no fundamenta el conocimiento, lo sirve.

7. Explicitación del reto cognoscitivo y del producto cognitivo final esperado

Un rasgo distintivo de la propuesta es que el diseño analítico explicita con claridad el reto cognoscitivo central de la investigación: qué tipo de operación explicativa se requiere desarrollar y qué nivel de elaboración teórica se espera alcanzar (por ejemplo, reconstrucción de mecanismos causales, articulación de procesos relacionales, explicación histórica situada, configuración causal compleja o elaboración de teoría sustantiva). Debiendo vincularse al fenómeno de estudio. Este punto opera como criterio de control: si el producto esperado es una reconstrucción de mecanismos, la evidencia y el análisis deben permitir inferencias de ese tipo; si se busca comprensión interpretativa de la orientación del sentido, el dispositivo debe capturar esa dimensión.

8. Articulación reflexiva entre teoría, análisis, evidencia e inferencia (abducción y retroducción)

Finalmente, el diseño analítico debe explicitar y volver operativa la función inferencial. La abducción redescubre los hallazgos mediante lógicas relacionales y marcos conceptuales que los hacen inteligibles; la retroducción guía la búsqueda de condiciones y mecanismos generativos plausibles



que, de existir, explicarían la dinámica observada. Juntas articulan ontología, teoría y evidencia, en clave realista-crítica. La triangulación es útil cuando pone a competir explicaciones y refuerza la base empírica y la contrastación interna, pero, al no ser inferencia, no valida por sí sola los mecanismos causales.

La lógica inferencial determina cómo se diseñan iteraciones entre recolección y análisis: cuándo volver al campo, qué contrastes comparativos son pertinentes, qué evidencia adicional se requiere para discriminar mecanismos alternativos y bajo qué criterios se construye la suficiencia explicativa. Aunque la propuesta enfatiza la producción de conocimiento explicativo, su arquitectura admite acoplamientos flexibles y pertinentes para objetivos descriptivos, exploratorios, sin perder la vigilancia epistemológica.

En síntesis, el diseño articula tres planos (analítico, metodológico e inferencial) acoplados por derivación y retroalimentación lógica, evitando una lectura por etapas y reforzando la trazabilidad epistemológica de la explicación. Esta no se concibe como control procedimental (tipo checklist), sino, en clave realista-crítica, como la capacidad del diseño analítico de operar como control epistemológico interno: vuelve rastreable y justificable el tránsito desde las exigencias analíticas hacia decisiones sobre evidencia e inferencias explicativas, con posibilidad de reajustar el recorte analítico y la estrategia metodológica según las exigencias de la explicación.

El plano analítico (componentes 1, 2, 3 y 4) opera como mediación epistemológica. A partir del objeto teórico-hipotético explicita las exigencias de reconstrucción (retos analíticos), fija criterios de relevancia explicativa y define las dinámicas a reconstruir y los tipos de análisis capaces de producir ese “objeto reconstruido”. Retroalimentación interna.

El plano metodológico (componentes 5 y 6). Sobre la base anterior, el plano metodológico no decide técnicas, sino que materializa técnicamente las exigencias analíticas: determina la evidencia pertinente (datos y fuentes), define estrategias de acceso y recolección, y especifica procedimientos de registro y tratamiento operativo en formatos compatibles con el análisis requerido. Retroalimentación interna.

El plano inferencial (componentes 7 y 8). Explicita la lógica de construcción cognoscitiva mediante abducción y retroducción, articula hallazgos y datos con un marco conceptual, formula y discrimina mecanismos/condiciones plausibles y controla la suficiencia explicativa. Retroalimentación interna.

La clave del acoplamiento es doble: a) derivación (cada decisión metodológica e inferencial queda justificada por una exigencia analítica) y b) retroalimentación controlada (cuando las inferencias resultan insuficientes, re-orientan el recorte analítico y, por derivación, las decisiones metodológicas), preservando la vigilancia y la trazabilidad epistemológica de la explicación.



Tabla 1. Cuadro de síntesis. Acoplamiento epistemológico entre planos

Plano	Función epistemológica	Entrada (lo que recibe)	Salida (lo que impone/produce)	Pregunta de reflexión epistemológica
Analítico	Mediación epistemológica: convertir ontología del objeto en exigencias explicativas y arquitectura de reconstrucción.	Objeto teórico-hipotético y supuestos ontológicos del fenómeno.	Retos analíticos; criterios de relevancia; dinámicas a reconstruir; tipos de análisis exigidos.	¿Qué rasgos del objeto obligan a este recorte y a estas reconstrucciones (y por qué otras alternativas serían insuficientes)?
Metodológico	Derivación técnica: producir evidencia con forma apta para el análisis definido.	Exigencias analíticas (retos, relevancias, dinámicas, tipo de análisis).	Evidencia pertinente (datos/fuentes); estrategias de acceso; instrumentos o protocolos; registro y tratamiento operativo.	¿Qué datos/fuentes e instrumentos son necesarios para reconstruir la dinámica definida y discriminar alternativas?
Inferencial	Construcción cognoscitiva: articular evidencia y teoría para inferir mecanismos o condiciones y evaluar suficiencia.	Datos registrados y hallazgos analíticos; marco conceptual disponible.	Redescripciones teóricas; mecanismos o condiciones plausibles; contrastes discriminantes; criterio de suficiencia explicativa.	¿Cómo se justifica el paso de hallazgos a mecanismos (y qué evidencia adicional sería discriminante si hay ambigüedad)?

El plano metodológico deriva del analítico y no opera como instancia separada. El plano inferencial no cierra la exposición: justifica internamente la explicación y retroalimenta la mediación analítica, pudiendo requerir ajustes metodológicos. La inferencia atraviesa los tres planos, guiando relevancias, evidencia y construcción explicativa. Plano analítico → (deriva) plano metodológico → (alimenta) plano inferencial → (retroalimenta, si procede) plano analítico y, por derivación, ajustes metodológicos.

Uno de los puntos de tensión más relevantes entre la racionalidad metodológica dominante y el diseño analítico aquí propuesto se concentra en la noción de operacionalización. En su versión hegemónica (consolidada en el operacionalismo y en buena parte de la didáctica manualística) la operacionalización suele entenderse como una traducción relativamente directa de conceptos en variables, indicadores y registros observables, suponiendo una correspondencia suficientemente estable entre definición teórica y medición y como condición de legitimidad. Desde una perspectiva realista-crítica, en cambio, la relación entre concepto y evidencia no es lineal ni se resuelve *ex ante* por vía técnico-instrumental: buena parte de lo causalmente relevante (poderes, relaciones, procesos y mecanismos, estén o no ejerciéndose) no es directamente observable ni se deja reducir a indicadores empíricos simples: “falacia epistémica” dice Bhaskar. Elder-Vass lo expresa así: “the particular set of entities that are parts of an emergent entity has the ‘causal powers’ of the entity whether or not those causal powers are being exercised and would have them... whether or not such an entity currently exists” (Elder-Vass 2005:336).

A partir de este desplazamiento es previsible que se objete que la propuesta “complica” innecesariamente la investigación al interponer una instancia adicional o que, en el límite, desautoriza la medición; sin embargo, el argumento sobre su necesidad es sólido y no niega la operacionalización: busca impedir su autonomización y su uso como atajo epistemológico y como dispositivo de legitimación. Medir sigue siendo indispensable en casos pertinentes, pero, no



sustituye la reconstrucción de mecanismos, ni la especificación de condiciones y relaciones que los activan o inhiben. En consecuencia, la pertinencia de los indicadores depende del esquema explicativo (o exploratorio) y de la lógica inferencial que organiza su interpretación. En esta misma línea, podría objetarse que tales resguardos quedarían cubiertos por la “triangulación”, entendida como contraste de fuentes, técnicas o perspectivas para fortalecer la validez de los hallazgos. Sin embargo, en su acepción más difundida, opera ante todo como procedimiento de robustecimiento evidencial por convergencia o consistencia y por ello no reemplaza el trabajo abductivo-retroductivo de recontextualización, ni la explicación en términos de mecanismos. La triangulación gana valor epistémico cuando un marco analítico fija variaciones contextuales e indicios empíricos bajo mecanismos; así permite discriminar entre explicaciones rivales. Si no, se reduce a legitimación por convergencia empírica, sin incremento real de capacidad explicativa.

También podría objetarse que lo propuesto ya estaría cubierto por el “marco teórico” o por un “plan de análisis”; con todo, el punto es distinto: el diseño analítico funciona como mediación que viabiliza epistemológicamente la derivación entre ontología del objeto, criterios de relevancia explicativa y requisitos de reconstrucción (temporal, relacional y contextual), orientando qué evidencia es pertinente y bajo qué lógica inferencial (abducción/retroducción) debe interpretarse.

En consecuencia, la operacionalización no debe entenderse como una equivalencia lineal entre conceptos e indicadores, sino como una mediación teórico-analítica que permite producir evidencias empíricas pertinentes. En términos afines, Gavarotto plantea que es una “exigencia de puesta a prueba de la teoría” y que puede “ir más allá del esqueleto metodológico”, incorporando “cuestiones epistemológicas, filosóficas, históricas y morales” (Gavarotto 2004:8).

Conclusiones

He sostenido en este artículo que la lógica prescriptiva y secuencial del diseño metodológico (ampliamente naturalizada en la formación y en la institucionalización de la investigación social) tiende a relegar el análisis a una fase *ex post* y, con ello, favorece desacoplamientos entre ontología, epistemología, lógica inferencial y decisiones técnicas. Frente a ese patrón, he propuesto conceptualizar el diseño analítico como una instancia mediadora previa e integrada al diseño metodológico, cuya función es vigilar epistemológicamente y hacer trazable argumentativamente la derivación entre compromisos ontológicos, metodológicos e inferenciales.

Anclada en el Realismo Crítico, la propuesta sitúa la abducción y la retroducción como operaciones inferenciales que articulan teoría, evidencia y explicación en contextos ontológicamente abiertos, donde la causalidad opera como tendencia, dependencia de trayectoria y activación/inhibición de mecanismos. En consecuencia, la selección de fuentes, datos, métodos y técnicas no debe operar como punto de partida autosuficiente, sino como derivación argumentada de esa arquitectura analítica; y, en su nivel técnico-operativo, del plan de análisis de datos entendido como programación de procedimientos de tratamiento, codificación y modelación coherentes con los fines explicativos.

Como contribución de alcance operativo, el artículo propone criterios y una lógica de acoplamiento epistemológico que vuelve explícita (y por ello justificable) la articulación entre ontología del objeto, retos analíticos, criterios de relevancia (dimensiones, procesos y mecanismos), dinámicas a reconstruir y decisiones metodológicas. Su propósito no es prescriptivo, sino de control interno y



reflexividad: reducir el eclecticismo metodológico acrítico y la metodologización de la epistemología, fortaleciendo la coherencia entre preguntas explicativas, inferencias y evidencia.

Finalmente, el alcance de la propuesta es deliberadamente general y demanda contrastación mediante aplicaciones empíricas en distintos campos, objetos y estrategias (cualitativas, cuantitativas, mixtas o pluralismo metodológico: diseño intensivo o extensivo, según el Realismo Crítico). Como líneas de continuidad, se sugiere evaluar su rendimiento pedagógico en la formación de posgrado y, de modo más amplio, sus efectos sobre la competencia analítica en la investigación: la capacidad de formular y sostener decisiones de análisis con criterios explícitos, de integrar evidencia heterogénea sin recaer en eclecticismos y de producir construcciones explicativas más robustas y defendibles. En esa misma dirección, conviene indagar si la explicitación del diseño analítico contribuye a fortalecer la seguridad investigativa (entendida como autonomía reflexiva frente al procedimentalismo), reduciendo la dependencia de secuencias prescriptivo-secuenciales y reubicando la técnica en su lugar propio: como medio subordinado a fines explicativos.

Bibliografía

- Alexander, J.C. (1989). *Structure and meaning: relinking classical sociology*. Columbia University Press.
- Archer, M. (2009). *Teoría social realista. El enfoque morfogenético*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Bhaskar, R. (1979). *The possibility of naturalism*. Harvester Press.
- Bhaskar, R. (1978). *A realist theory of science*. Harvester Press.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C., Passeron, J.-C. (2002). *El oficio de sociólogo*. Siglo XXI.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social: introducción a los oficios*. LOM Ediciones.
- Cerón, A. (2020). La construcción del objeto de estudio. Lecciones epistemológicas a partir de la obra de Pierre Bourdieu. *Cinta de Moebio*, (67), 75-84. <https://doi.org/10.4067/s0717-554x2020000100075>
- Comte, A. (2004). *Curso de filosofía positiva. Lecciones I y II*. Ediciones Libertador.
- Creswell, J.W. (2018). *Research design*. Sage.
- Danermark, B., Ekström, M., Jakobsen, L., Karlsson, J. (2016). *Explicando la sociedad. El realismo crítico en las ciencias sociales*. UCA Editores.
- Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método sociológico*. Fondo de Cultura Económica.
- Elder-Vass, D. (2005). Emergence and the realist account of cause. *Journal of Critical Realism*, 4(2), 315-338. <https://doi.org/10.1558/jocr.v4i2.315>
- Flick, U. (2018). *An introduction of qualitative research*. Sage.
- Gavarotto, C. A. (2004). El proceso de operacionalización de variables en una teoría social: análisis del suicidio en Durkheim. *Cinta de Moebio*, (19), 1-8. <https://cintademoebio.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/26105>
- Hempel, C.G., Oppenheim, P. (1948). Studies in the logic of explanation. *Philosophy of Science*, 15(2), 135-175. <http://www.jstor.org/stable/185169>
- Hernández Sampieri, R., Fernández, C., y Baptista, L. (2022). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill.



- Pacheco, T. (2015). La tesis doctoral en ciencias sociales y su relación con el quehacer científico. *Cinta de Moebio*, (52), 37-47. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2015000100003>
- Quivy, R., Van Campenhoud, L. (1998). *Manual de investigaciones en ciencias sociales*. Noriega editores.
- Sayer, A. (2010). *Method in social science: a realist approach*. Routledge.
- Simmel, G. (2002). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Alianza Editorial.
- Tello, C. (2011). El objeto de estudio en ciencias sociales: entre la pregunta y la hipótesis. *Cinta de Moebio*, (42), 225-242. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2011000300001>
- Tönnies, F. (2009). *Comunidad y sociedad*. Losada.
- Weber, M. (1978). *Economy and society: an outline of interpretive sociology*. University of California Press.

Recibido el 6 Feb 2026

Aceptado el 23 Mar 2026